

pujado por mozos de pantalón abotinado y gorrita ladeada! ¡Qué belleza apretada en curvas frágiles o ampulosas de mocitas en flor y de matronas de buen ver!

Todo el ayer y el hoy, el remoto pasado carlotercerista y el isabelino Madrid, están en la prosa y el verso de Emilio Carrere.

Versos con ritmo de canción e imágenes que son piropos a una hembra jarifa. Toda la leyenda de amores y de desafíos, toda la historia de esta calleja o aquella plazuela, la sabía Carrere y nos la iba dejando cada día en sus artículos. Hoy el Ayuntamiento madrileño, con recuerdo noble al poeta muerto y la ciudad, ha recogido en un volumen de la más grata factura tipográfica—honra de las Artes Gráficas municipales—sus mejores y más bellas crónicas y versos. Aquéllos, publicados aquí y allá; éstas, aparecidas en las columnas de *Madrid* en los últimos años del poeta.

*Madrid en el verso y la prosa de Emilio Carrere* es la loa madrileña más bella de los últimos tiempos; una loa que en estos días viene a repetir, con Lope, que cual «Madrid no hay ninguna villa, en cuanto el sol dora y el mar baña, más agradable, hermosa y oportuna».

JUAN SAMPELAYO

**PERSONAJES DE LA INQUISICIÓN**, por WILLIAM

THOMAS WALSH.—Editorial Espasa-Calpe.  
Madrid, 1948.

Muchos y excelentes son los amigos historiadores y eruditos que España tiene repartidos por el mundo. Gentes de alta talla intelectual, que en el ejercicio de una noble tarea han dado luz—clara y luminosa—sobre infinidad de problemas que una leyenda negra había tergiversado con la peor de las intenciones, con la política, para pintar el cuadro con arreglo a los tonos de partido y no a los de la Historia. Y aquí es ya el momento de destacar de este grupo de grandes historiadores amigos de nuestro país a William Thomas Walsh, el autor de *Santa Teresa, Felipe II e Isabel la Cruzada*, con quien de nuevo volvemos a encontrarnos como autor de un haz de biografías menores—en el número de páginas, se entiende—que forman un excelente libro—de primera categoría podemos llamar a éste—en defensa de la Inquisición española.

William Thomas Walsh tiene como permanente obsesión de sus

tareas de erudito la historia española del pasado, y los más gloriosos siglos y los días de más brillo son para él espejuelos que le atraen vivamente. De esa atracción nacieron las obras reseñadas; de ella ha nacido hoy este conjunto de biografías, en donde, con el rigor de la historia y la viveza de la anécdota y lo novelable—una vez más hemos de volver a insistir sobre el triunfo de este género mixto—, nos salen al paso varios inquisidores españoles en toda la reciedumbre de sus figuras, calumniadas en extremo; de sus recias personalidades, llenas de fe y de amor al principio inmutable de una patria grande y unida.

Sobre el fondo de una época pretérita—aquella de la Inquisición—Walsh va haciendo desfilar a los inquisidores españoles y a los que no lo fueron. En uno y en otro caso son los papeles viejos—documentos, cartas, pragmáticas—los que destruyen las mentiras, los hechos falsos o calumniosos lanzados contra nosotros, cuando no lo hacen mediante la anécdota o el relato nimbado de espiritualidad.

Moisés, el Papa Gregorio IX, Bernardo Gui, Nicolás Eymerich, Torquemada, el gran Cardenal Cisneros y Llorente, son los «personajes de la Inquisición» que Walsh estudia y defiende a capa y espada con pluma viva y eficaz, con luces de documentos y realidades de libros. Todos ellos cobran en las estampas del escritor norteamericano su natural grandeza, y su tiempo resplandece como época histórica de sin igual interés. Personajes y años cuyas luces y realidades quedan claros para un futuro merced al profesor Walsh, que con este libro ha rendido una vez más un singular servicio a la historia española del pasado.

A este libro, que Espasa-Calpe integra con acierto dentro de la serie de sus Grandes Biografías—gran y singular biografía de la Inquisición es la misma—, ha puesto prólogo, que es acertado estudio literario de la época, el notable erudito y catedrático de la Central profesor don Cayetano Alcázar, que avalora esta obra, traducida con singular esmero—el que ella acostumbra siempre a dar a todos sus trabajos—por Isabel de Ambía.

J. S.